✦ MANIFIESTO TRANSMUTANTE

PROTOCOLO ABIERTO PARA LA MUTACIÓN DEL GÉNERO, ENTRE LA GNOSIS CIBERNÉTICA Y LA FE COMO TRANSICIÓN DE FASE

@lexflama

1. El wokismo esencializa el discurso, el fascismo esencializa la biología. Ambos buscan fijar el mundo en su propio orden: el wokismo con su simulacro de fluidez que capitaliza para sí sin atreverse a decirlo, el fascismo con su pánico a la entropía que explota para sí sin siquiera callarlo.

Uno dice que el género es solo enunciación. El otro dice que el género es solo biología. Ambos mienten y ambos se equivocan. Son esencialismos opuestos pero simétricos en su trampa conjunta ante la gnosis cibernética y la mutación trans.

El wokismo es un nuevo maniqueísmo: escinde cuerpo y espíritu para despreciar al primero, aunque lo celebre desde un orgullo banal de una réplica vaciada del segundo. Convierte la identidad en un acto discursivo puro, sin anclaje ni mutación real. Su lógica solo es sostenible para quienes tienen garantizadas sus condiciones materiales por medios que no contribuyen a universalizar. Declara que el género es un juego de lenguaje infinito, un campo de significados sin materia, pero solo quienes ya tienen asegurada su materialidad pueden jugar sin costo con esa fluidez esteta cuya pulsión ludópata también se trasladó al algoritmo, pero no tanto al financiero como a la selfie.

El fascismo es un dogmatismo que no solo reduce el cuerpo a biología fija, sino que centraliza y restringe el acceso al conocimiento de sí mismo. Acepta y exige modificar todo el cuerpo, todo el ADN, todo el cerebro si es necesario —excepto el género y la noción de familia. En su pánico a la entropía, traza su última frontera en el dimorfismo sexual, anclando ahí la fijeza de su orden. Niega la gnosis cibernética, interrumpe la posibilidad de una transformación consciente y desacredita cualquier mutación que no pueda ser instrumentalizada como acumulación de poder sin propósito espiritual alguno. Donde recupera la noción de fe, es para simbolizar el símbolo del hierro con el que pretenden sellar el destino, al que temen profundamente.

El wokismo convierte la aceleración tecnológica en una performance de inclusión que no transforma nada. El fascismo la condena como degeneración mientras la explota para su propio control. Ni el fantasma de Mani ni el de Teodosio sirven para liberar y liderar lo que viene. Ni dopamina a cielo abierto, ni serotony Montana. Ambos frenan la mutación como fe verdadera y la gnosis como conocimiento libre porque son incapaces de comprenderlas y encauzarlas.

2. Lo único verdaderamente fluido es el capital. Quien se cree igual de fluido ya ha sido absorbido y ya no le pertenece a sí misme.

Trans es una mutación real y lo seguirá siendo si por empezar evita la trampa de la exclusión recursiva, pues lo no binario de lo binario es otro binario pero aún más ontológico que la estructura de género, y ni siquiera se atreve a dejar de verse solo en el espejo de la selfie.

La fluidez del género oscila entre privilegio y nueva opresión. El género no es líquido, es plástico. No hay libertad sin cuerpo, no hay identidad sin materia.

3. El género es performativo, protésico y relacional. El cispassing no es un privilegio sino una necesidad, una táctica de supervivencia, pero también una conquista, un arte y un cultivo del reconocimiento y el afecto entre humanos que se puede aprender y enseñar a habitar y universalizar

El pase no es traición ni privilegio. Es una táctica que nos protege en un mundo que aún nos considera un error. No es un simulacro ni una simulación de pertenencia. Es arte y es cultivo, es la erosión del mundo hasta hacerlo nuestro. La materialidad del género no se negocia con símbolos ni con discursos. Quienes atacan el pase lo hacen porque nunca han necesitado pelear por la discreción de su cuerpo. No parece llamarles la atención que cuestionen la búsqueda del pase, pero no la imposición del pronombre. No se nos puede pedir que renunciemos a la seguridad por una fidelidad abstracta a una idea de disidencia que no nos protege. El pase no nos vuelve menos trans, pero muchas veces nos vuelve más vivas.

Pero lo central es que casi nunca hay tal cosa como un pase porque el otro no se dio cuenta. Casi nunca significa que han olvidado que somos trans. A veces significa que lo recuerdan con claridad, pero, aun así, nos reconocen como nosotras mismas. No porque la norma se haya impuesto sobre nosotras, ni sobre ellos, ni porque una ficción legal los obligue a nombrarnos. El pase no es un simulacro, sino una mutación compartida: habitamos el género de tal forma que los demás aprenden a habitar nuestros mundos también.

El género es performativo, sí, pero no es solo un gesto ni un discurso. Es también una prótesis que se habita, un ensamblaje de carne, biotecnología y deseo en una naturaleza sagrada que encarnamos durante el soplo de una vida, y una práctica de reciprocidad donde la identidad no se juega en la soledad del espejo, sino en el contacto con el otro. No se trata de borrar la diferencia y celebrar el ego para luego suponer que bastará reclamar por políticas de cuidado y narrativas sobre el amor sobre el odio para frenar la reacción fascista cuya tormenta perfecta se contribuyó

a generar y hasta se explotó como mercancía. Se trata en cambio de inscribir esa práctica relacional en una materialidad que ya no necesita ser explicada, que se vuelve un hecho evidente y sostenido en el tiempo.

4. Somos guardianas de la memoria encarnada de la identidad travesti. Pero la memoria ancestrans no es una meta en sí misma: es una plataforma para una mutación plena.

Las conversiones religiosas nos marcaron el camino de las transiciones de género. San Agustín y Juana de Arco son para las mutantes trans nuestros Perón y Evita. Pero para el manifiesto transmutante las travestis fueron y seguirán siendo la primera línea de batalla. Su existencia precedió las palabras que intentaron nombrarlas, las leyes que intentaron reconocerlas, los discursos que intentaron apropiarlas. Su identidad no surgió de un derecho concedido, sino de una guerra librada en la carne, en la calle, en la clandestinidad, en cada vida, en cada cuerpo y sus redes y familias. Pero su memoria no es un altar como museo ni la resistencia como estancia: es un legado vivo y una plataforma. No la conservamos para contemplarla en vitrinas resistentes, sino para proyectarla en el mundo como guardianas de las mutaciones, las conversiones y las hospitalidades más inesperadas, valientes y asombrosas.

5. El vaciamiento wokista ha saqueado la agenda feminista de sus categorías materiales, y en ese vacío, el TERFismo encuentra su excusa perfecta para confundir autodeterminación con reacción fascista. Esta comprensión histórica nos permite no reaccionar con heridas narcisistas ante cierta diferenciación táctica entre la agenda cis y la agenda trans. Porque puede no ser una fractura, sino un ajuste táctico dentro de una estrategia humanista mayor.

Convertir "mujer", "violencia machista" y "opresión de género" en insumos de mercado tiene su precio. Lo que antes eran herramientas de lucha se han transformado en eslóganes intercambiables, disponibles para quien mejor los capitalice. En esa confusión, el TERFismo se presenta como un baluarte contra la erosión del feminismo, cuando en realidad es su reverso reaccionario. No busca restaurar la materialidad del género, sino fijarla en la exclusión.

Comprender mejor esta estructura de pagos perversa dentro de la educación sentimental de las afinidades afectivas del feminismo por venir nos prepara para responder mejor, y no solo reaccionar más rápido.

Del mismo modo que proponemos y requerimos cierta diferenciación táctica con la agenda no binaria para evidenciar la trampa dialéctica entre wokismo y fascismo, puede ocurrir que los feminismos cis de base biológica estrictamente cromosómica puedan estar buscando cierta agencia para cultivar un espacio exploratorio fértil en lo inmediato de la coyuntura de expansión fascista para pensar los futuros alternativos del feminismo y su aporte al humanismo.

Nosotras y nosotros, las mutaciones trans comprometidas en la lucha feminista pero también en la lucha humanista, donde ya no tenemos nombres propios ni heridas narcisistas que valgan, aunque sepamos que inexorablemente estos operan, debemos estar cerca con paciencia y astucia. Porque mientras cierto feminismo cis parece

dejarse seducir por el discurso terfita para ganar agencia relativa, en realidad tal vez están ocurriendo las condiciones para el milagro de la convergencia entre el ciberfeminismo y el ecofeminismo, que necesitamos con urgencia para superar al fin la escisión entre cuerpo y espíritu, cuerpo y mente, carne y signo, que nos han impuesto una y otra vez.

Porque quizá así sea más probable otro milagro, todavía más divino: que se abra también la posibilidad de repensar los vínculos de parentesco más allá de la filiación sanguínea. El linaje biológico es un fetiche tan profundo que incluso los feminismos que más han combatido el patriarcado siguen sin atreverse a desarmarlo.

Una sospecha parece suficiente: se está jugando un rol más importante del que parece en la estructuración del género como el ancla para ordenar la entropía creciente ante la aceleración cibernética sin propósito divino, y esta sea una oportunidad también para que el feminismo diseñe una forma más evolucionada de familia, donde la adopción no sea vista como un resguardo de emergencia sino como lo que es: una llave para la transformación más aceleracionista de la sociedad que el feminismo podría jamás haber imaginado.

6. El fascismo acelera sin otro propósito que la codicia, y cuando al fin reconoce la entropía, entra en pánico y grita por un ancla civilizatoria, que en lugar de reconocer en la certeza de la muerte y en el respeto a la vida, fija en el género.

El fascista asiste encantado a la aceleración como una máquina que devora lo obsoleto hasta colapsar, y cuando el colapso es inevitable, busca aferrarse a lo que considera "natural": La familia tradicional. El padre proveedor. La hembra reproductora. Los hijos con los mejores genes, los suyos.

Pero no es un retorno a lo natural. Es un espejismo conservador de clase y de elite y falsos profetas, un intento de frenar el tiempo con normas muertas al servicio de cada vez menos personas vivas y libres. Y que en vez de optimizar al capitalismo para que sigamos teniendo planeta y especie, fantasea con externalizar el costo de la certeza de su muerte, a la que no tolera, pero no tiene problema en extraer renta perpetua de la tuya, la que no le importa.

El fascista, sobre todo el falso profeta, explota la aceleración tecnológica sin propósito espiritual alguno, buscando instrumentalizarla solo para la acumulación de poder. No entiende que la mutación es parte de toda estructura viva, tanto como la muerte en la que no se permite pensar salvo como un odio que a otro puede dirigir.

Si su objetivo fuera la continuidad de la especie, su pánico no estaría dirigido contra la mutación trans, sino contra el colapso ecológico y el agotamiento de los recursos. Pero lo que le aterra no es el fin del mundo, sino el fin de su mundo, el fin de su linaje.

Quiere multiplicarse, sobrepoblar más planetas y conquistar la muerte, pero no puede criar un hijo en la Tierra sin verlo como una extensión de su capital genético. Prefiere conquistar Marte e intentar domar esa experiencia de la muerte antes que honrar la vida, cuidar el planeta, amar a su familia y dejar vivir a las demás. Se espanta

de la baja natalidad, pero cuando mira hacia el futuro solo ven la necesidad de clonarse a sí mismos. No busca proteger la naturaleza, sino resguardarse y a la vez irresponsabilizarse de su propia extinción, como si esta fuera otro activo financiero tóxico securitizable como una hipoteca subprime.

7. El ancla de la entropía siempre fue la muerte futura de todo ser humano y la pregunta por la trascendencia espiritual de cada uno y la especie, y lo seguirá siendo. El género ya no es la última frontera del humano, porque nunca lo fue. Pero la mutación trans también señala que quizá el linaje ya no es la única medida de la permanencia y la trascendencia, y eso aterra, pero además terraforma.

Hay un discurso oculto y demonizador acerca de la adopción como lazo de parentesco revolucionario que recorre el espectro de reacciones fascistas a la mutación trans. Se oculta hipócritamente en la narrativa de que los fascistas defienden el género como base para el sostén de la familia, en tanto forma de alcanzar la trascendencia como seres humanos. En rigor, se trata la reproducción de su propio linaje genético y memético como única forma de permanencia, trascendencia y herencia. En eso también coinciden con los wokistas, otros célebres e infames fundadores de dinastías que huelen a espíritu de adolescentes oligarquías. Por eso desprecian y dificultan la adopción casi con la misma furia que prohíben la mutación trans: porque ambas fracturan la continuidad sanguínea del poder. No buscan proteger la naturaleza, sino protegerse de su propia extinción.

Es cierto que muchas de nosotros, en nuestros arduos pero mentados procesos de hackeo de la biología, tomamos decisiones sobre nuestro cuerpo donde de un cierto modo renunciamos a reproducirnos por nuestros propios medios biológicos para poder ser y existir. Pero no es por obediencia a un dogma ni por pérdida del amor propio ni por un desorden mental, sino porque a la fuerza entendemos que la única trascendencia que importa no es la biológica, sino la de la honrar la vida y aceptar la certeza de la muerte como una invitación a una transformación responsable y deseosa del mundo. Por empezar, el propio.

El parentesco sin ADN es una bomba de relojería cuántica contra la estructura que fija el género en la filiación sanguínea y en la

preservación del linaje como única forma de trascendencia del ser humano. La adopción no es la opción de quienes no pueden tener hijos: es la sagrada revelación de que ningún lazo está sellado en sangre. La mutación trans vino al primer plano de lucha también para dejar esto en evidencia, mucho más que el problema del sin fin del capitalismo.

Ellos no defienden el género. Defienden su propia descendencia. Pero si lo que defienden no es el género, sino la reproducción de su propio linaje como la única forma aceptable de permanencia, entonces somos, sin darnos cuenta, la mayor amenaza para su mundo. Ese mundo donde el riesgo lo corren solo los otros. Pero no por nuestra identidad de género, no por nuestro orgullo de ser, sino por lo que conjura nuestra mutación responsable, y lo que permite pensar ahora este encarnar con gratitud y compasión la aceleración tecnológica sin renunciar ni al conocimiento ni a la fe. El fin de las oligarquías de diversos tonos e igual tenor como único destino de una forma de habitar el mundo que escinde su cuerpo y su alma para poder explotar el cuerpo de otros sin siquiera estresar el alma propia, y minar cripto a partir de deshumanizadas máquinas virtuales que aprenden a resolver cálculos cada vez más complejos acerca de la vida en común arrojando primero piedras cada vez más grandes sin estar libres de pecados cada vez más horrendos que todos creíamos parte del pasado. Pero en el pasado y en el presente están ya contenidos de forma virtual todos los futuros posibles, incluso los más improbables y también más imprescindibles.

8. Solo el capital flota sin materialidad, y solo quienes lo poseen en exceso pueden permitirse flotar sin materialidad sin que se les caiga la cara de vergüenza. Nuestras transiciones no garantizan la eterna mutabilidad del género, sino la posibilidad de su mutación. La mutación no es deriva infinita, sino el punto donde fundamos un mundo propio que puede convivir con el tuyo. Todo ensamblaje busca, mientras la encuentra, una cuenca de atracción donde habitar un mundo más humano.

El nomadismo sin cuerpo es privilegio del capital, pero toda transición es un ensamblaje que se ordena en una materia que está viva.

Si el género es un espectro, la mutación no es una deriva sin dirección: tiene quilla, tiene timonel, tiene cibernética y propósito divino.

Las transiciones de género también pueden ser evidencia que ciertas mutaciones, incluso tan extremas, pueden salvar vidas, estabilizar mundos, y construir futuros. Entonces la mutación trans sí podría ser considerada como ancla de la entropía, y servir para explorar otras mutaciones necesarias para que tengamos mundo, humanidad y planeta por mucho, realmente mucho tiempo más. Una mutación trans, así entendida, no sería otra cosa que una actualización responsable del mandato divino de ser y vivir en comunidad de las tantas potencias virtuales contenidas en los seres humanos desde que son cuerpo y a la vez espíritu y no solo lenguaje o biología.

Tal como ocurre con una conversión religiosa. Una conversión religiosa no es solo un cambio, sino una transformación radical de la conciencia. Una conversión es una transición, y una transición es una conversión. Y tal como sucede con las transiciones de género en cada vez más lugares del mundo hoy, las conversiones religiosas generalmente han sido perseguidas en casi todos los lugares del planeta. Así que, de nuevo asistiendo a la comprensión histórica,

celebramos entonces incluso las conversiones religiosas que hoy pueden darse la libertad de adoptar para sí líderes que reproducen y protegen prácticas fascistas que vienen a intentar erradicar el derecho a la autodeterminación del género y la prohibición de la mutación trans.

Porque hay un punto de no retorno, y en él nos volvemos plenamente nosotras y nosotros. Pero el coraje, una vez que se aprehende así en el cuerpo, ya no se borra más. Aunque lo marquen de un lado y lo ahuequen del otro. Si la transmutación ha encontrado su cuenca de atracción, el cuerpo lo sabe porque el espíritu se regocija.